

La configuración divina de Lucifer. Una visión literaria sobre su composición humana

Sofía Quintero Manchola

Tesis para obtener el título de Profesional en Estudios Literarios

Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma de Bucaramanga

Director Julián Mauricio Pérez Gutiérrez

Noviembre de 2022

La configuración divina de Lucifer. Una visión literaria sobre su composición humana

Sofía Quintero Manchola

Tesis para obtener el título de Profesional en Estudios Literarios

Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma de Bucaramanga

Director Julián Mauricio Pérez Gutiérrez

Noviembre de 2022

Dedicatoria

A mis padres, que ante la imposibilidad de agradecerles en la eternidad su tan inmensa sabiduría, les ofrezco un poco de su tan preciada entrega.

Índice

Resumen / Abstract	5
Introducción	7
 Capítulo 1. Personificación de Lucifer en la literatura	
El mal desde la ética	10
Lucifer desde la teoría cristiana	13
Lucifer en <i>El paraíso perdido</i> de John Milton	17
Lucifer en <i>Los sicarios del cielo</i> de Rodolfo Martínez	23
 Capítulo 2. Configuración humana de Lucifer	
Teoría sobre la configuración humana	29
Lilith	32
Configuración humana de Lucifer en <i>Los sicarios del cielo</i> de Rodolfo Martínez	37
Configuración humana de Lucifer en <i>El paraíso perdido</i> de John Milton	44
 Capítulo 3. Lucifer: ángel y humano	
Lucifer. La transformación de un ángel	52
Conclusiones	58
Referencias	

Resumen

A partir de las obras *El paraíso perdido* de John Milton y *Los sicarios del cielo* de Rodolfo Martínez, se determina que lo que guía el comportamiento de Lucifer con tal avaricia, fuerza y determinación, es la capacidad de sentir empatía por la vida ajena y su facultad de razonamiento, que junto con sus emociones componen un estado de conciencia. Es el amor por la humanidad, su respeto por la vida, su apreciación por la libertad y su convicción de brindarle al humano la oportunidad de ver, lo que lo motiva, a través de la luz, hacia aquella realidad que le había sido negada. La expulsión de Lucifer produce en estas obras, contrario a lo que socialmente se cree, tristeza y dolor de que su Padre lo rechazara, lo callara, lo sometiera y lo obligara a gobernar un lugar del infierno en el que las llamas tan altas y fuertes solo saben quemar y adormecer la conciencia. El humano se caracteriza por ser un ser sintiente, con la capacidad de percibir y experimentar fácilmente emociones positivas y negativas que pueden beneficiar o afectar su vida, sus decisiones y comportamiento, por lo que negar el componente humano en el proceder de Lucifer, priva al hombre de alcanzar una comprensión global y contextualizada de lo que el ángel quería para la raza humana: su libertad.

Abstract

From the works *The lost paradise* of John Milton and *Los sicarios del cielo* by Rodolfo Martínez, it is determined that what guides Lucifer's behavior with such greed, strength and determination is the ability to feel empathy for the life of others and his faculty of reasoning, which together with his emotions make up a state of consciousness. It is love for humanity, its respect for life, its appreciation for freedom, and its conviction to allow the human to see, which motivates him, through light, into that reality that had been denied him. Lucifer's expulsion produces in these works, contrary to what society believes, sadness and pain his Father rejected

him, silence him, subjected him, and forced him to rule a place of hell in which the flames so high and strong only know how to burn and numb conscience. The human is characterized by being a feeling, capable of perceiving and experiencing easily positive and negative emotions that can benefit or affect his life, his decisions, and behavior, so denying the human component in Lucifer's proceeding, deprives man of achieving a global and contextualized understanding of what the angel wanted for the human race: his freedom.

Introducción

Lucifer ha sido, históricamente, un personaje literario altamente influyente en muchas religiones, como la cristiana, al caracterizarse como un ser despiadado, frío, benévolo, egoísta, vengativo y desleal por la Rebelión de los Ángeles que se llevó a cabo en el Edén, la cual fue liderada por él, lo que por ende lo convierte en el mal y el enemigo de Dios. Por esta razón, se le es condenado a gobernar el infierno para posteriormente convivir entre los vivos, a partir de lo cual ha sido reconocido como un referente de la maldad humana. Sin embargo, algunos autores, como Rodolfo Martínez y John Milton, desde su ingenio, intelecto y percepción crítica del personaje, han compartido, mediante increíbles obras literarias, una reconfiguración de Lucifer.

La literatura es el mecanismo mediante el cual las personas permiten que la información trascienda en el tiempo, es así como las culturas y sociedades se han formado a partir de principios, criterios e ideales adquiridos, por lo que los personajes allí encontrados, desempeñan un papel importante en nuestra sociedad, como ha sucedido con Lucifer, y sin embargo, pocas investigaciones han estado direccionadas a indagar sobre el personaje desde un enfoque humano, partiendo del hecho de que, según la literatura, es un hijo del Señor. Por ello, se investigó, analizó y comparó la configuración humana de Lucifer como personaje literario, desde una visión crítica literaria, que permite ampliar los conocimientos y la visión ética y moral del mismo.

El cristianismo ha logrado tener un gran impacto en la cultura de muchas sociedades, una religión que determina las normas de comportamiento de un conjunto de personas que pueden o no decidir libremente si acceder a ellas. Sin embargo, la libertad de decisión ha sido adquirida hasta no hace muchos años y solo en ciertas culturas, mientras que en otras esta sigue siendo impuesta. De igual forma, es de reconocimiento universal que el cristianismo ha definido un

comportamiento cultural que ha trascendido de generación en generación, basado en el libro de la Biblia, que relata toda la creación del mundo gracias a Dios, el Ser Supremo que todo lo gobierna y establece, por ende, las políticas que rigen son las suyas. Es a partir de la Biblia, de lo que ella allí menciona, que se clasifica lo adecuado y lo inadecuado dentro de una sociedad, por lo que el bien corresponde a la ejecución de acciones a partir de lo estipulado por las normas de Dios, y todo aquello que sea contrario, debe ser castigado o destruido pues ahí yace el mal:

Destruyendo destruiréis todos los lugares donde las gentes, que vosotros heredaréis, sirvieron a sus dioses, (...) y derribaréis sus altares y quebraréis sus imágenes, y sus bosques quemaréis a fuego, y a las esculturas de sus dioses destruiréis y desharéis el nombre de ellas de aquel lugar. No haréis así a Jehová, vuestro Dios. (Deuteronomio 12, 2-4)

El mal es liderado por Lucifer, el ángel caído, el ser que se atrevió a cuestionar y enfrentar a su creador por la libertad de la humanidad, sin embargo, su actuar, al contrariar las leyes de Dios que buscaban evitar la pérdida de cualquier tipo de poder sobre el hombre, debía ser castigado mediante su expulsión del reino de los cielos para ser enviado a gobernar el infierno.

Partiendo del hecho de que la literatura es un reflejo de nuestra cultura, por ende, tiene la capacidad de trascender y permear, este proyecto investiga las motivaciones humanas que tuvo Lucifer al enfrentarse ante Dios, desde una visión crítica literaria, para determinar su total configuración como ángel y humano en la literatura.

Capítulo I. Personificación de Lucifer en la Literatura

El mal desde la ética

*El temor del señor aborrece el mal;
yo detesto la arrogancia y la soberbia,
todo proceder torcido y toda lengua dolosa.*

- Proverbios 8:13

¿El humano reconoce el real origen del mal? ¿Existe algún origen de este? Actualmente encontramos muchos postulados filosóficos que discuten el mal, su procedencia y su caracterización desde el pensamiento, el análisis y la reflexión. Para Kant, el mal es radical, lo que quiere decir que es inherente a la naturaleza del hombre. María Luisa Pfeiffer, nos dice que el mal es una cuestión de ética, y que en la finitud del hombre pueden yacer las razones de su origen, y para ello alude a la voluntad y la razón, propiedades de las que el hombre hace goce y disfrute en su libertad, sobre la cual base el alcance de sus comportamientos. “Toda voluntad actúa en función de un fin y pareciera ser que el fin de toda voluntad es buscar el bien.” (p. 130), menciona Pfeiffer, mientras que acude al efecto sensible como la base bajo la cual se acuña el fin de la voluntad, siendo la felicidad o el dolor las opciones de objetivo a la cuales se dirige dicha voluntad.

Kant acuña el bien y el mal en la moral, que refiere a la construcción social de lo que se considera correcto o incorrecto, y bajo esas premisas es que el comportamiento humano se rige, careciendo esta de reflexión y siendo transmitida de generación en generación, por lo que la libertad de la voluntad se limita no a la producción del bien y el mal, sino a la ejecución o resistencia de lo que la moral determina como bueno o malo. Mientras, Sócrates determina que el mal carece de conocimiento, lo que se interpreta como que el origen del mal yace en la ignorancia o desconocimiento del mismo, por ende, su impacto también, sin embargo, Sófocles,

plantea en *Antígona* la existencia del mal como el deseo por adquirir ese conocimiento, y es por ello que la finitud se convierte en su única limitante.

La ética, por otro lado, y a diferencia de la moral, lo que busca es construir la determinación de lo correcto y lo incorrecto, a partir del alcance que existe en la libertad del hombre en ejercer su voluntad, ligándola inherentemente al uso de la razón, construyendo así el bien y el mal a partir de una reflexión de la constitución profunda del humano, desligándola del juicio ejercido por un ente superior, ya que la ética busca minimizar las barreras morales, para construir desde la realidad crítica social, los pilares éticos que permitan una buena práctica social en estado de libertad, concentrando su comportamiento en el alcance bueno o malo de sus máximas: “El fundamento del mal no puede residir en ningún objeto que determine el albedrío mediante una inclinación, en ningún impulso natural, sino sólo en una regla que el albedrío se hace para él mismo y para el uso de su propia libertad, esto es, una máxima.” (Kant, *La religión dentro de los límites de la mera razón*. p. 31). Este postulado de Kant indica que el origen del mal no reside en el hombre como una cuestión biológica o natural, y, por el contrario, plantea al libre albedrío, es decir, a la capacidad crítica y reflexiva del individuo de tomar elecciones y decisiones conscientes, como el principio bajo el cual se determina el límite de su libertad, entonces, es así como se establece que en la individualidad del ser se precisa el mal, pero al vivir en sociedad, es esta quien, bajo cuestiones ética y morales, también la limita, lo que conlleva a determinar el mal como un constructo individual y social.

En esta misma medida, en uno de sus fundamentos, Kant determina que el “bien” es definido a partir del mal y no a la inversa, lo que quiere decir que desde el mal se sobreentiende cuál es el bien, entonces, el individuo y el colectivo social, con base en lo que desde su libertad considera mal, construye el buen comportamiento del hombre, lo que, desde la ética, que parte de

una análisis profundo y reflexivo, se entiende por lo correcto e incorrecto, para desligar así cualquier cuestión moral que sobreponga un juicio social sobre la determinación crítica. Así pues, si lo incorrecto es causalidad de lo correcto, esto quiere decir que el único límite que existe entre el bien y el mal, radica en la consecuencia que el mal produce, comprendiendo que, un comportamiento que no produce afectaciones individuales o colectivas, no tiene una connotación negativa, lo cual es determinado a partir del uso de la ética como capacidad de reconocimiento del mal.

La ética plantea en primera instancia el reconocimiento de la existencia del otro como igual, por lo que, bajo esta premisa, la libertad individual no puede comportarse como una limitante de la libertad ajena y colectiva, y, por el contrario, debe estar sujeta a una garantía de bienestar social. Alain Badiou, en su ensayo sobre la conciencia del mal, plantea que “Para el pensamiento griego, actuar de manera adecuada supone primeramente un dominio teórico de la experiencia, para que la acción se conforme a la racionalidad del ser.”, lo que conlleva a la tradición y trasmisión del buen comportamiento a partir de premisas subjetivas que surgen por situación particulares, y es entonces allí donde la ética cumple su papel analítico a partir del uso crítico del pensamiento para determinar lo correcto dentro de lo incorrecto.

Lucifer desde la teoría cristiana

*Antes bien, amad a vuestros enemigos, y haced bien,
y prestad no esperando nada a cambio, y vuestra recompensa será grande,
y seréis hijos del Altísimo; porque Él es bondadoso para con los ingratos y perversos.*

Evangelio de San Lucas (Lucas 6:35)

Abarcar a Lucifer como personaje literario, desde la teoría, supone un trabajo investigativo altamente complejo, debido a que su personificación ha sido ampliamente abarcada tanto en la mitología cristiana, en la mitología griega, en la mitología romana y en la mitología clásica, y posteriormente ha sido personificado, transformado y reconfigurado en diferentes obras, generalmente en representación del mal, ya que ha sido la mitología cristiana la que mayor auge ha tenido en diferentes culturas del mundo.

La Santa Biblia está compuesta por una serie de libros que cuentan cómo Dios creó la vida, y relata los hechos que se llevaron a cabo en su estrecha relación con la humanidad. Esta obra cumple, en el cristianismo, una función espiritual, sirviendo de guía para cumplir los mandamientos de Dios y recordando sus sabías frases en pro de un crecimiento personal y colectivo. Si bien la obra completa fue escrita hace miles de años, ha pasado por un gran número de modificaciones, y, sin embargo, las leyes que priman sobre el bien, escritas en ella, siempre prevalecen, así como las del mal, al mencionar el origen de este, quién lo comanda y el motivo de su descenso. Fue Lucifer el ángel que enfrentándose a Dios provocó su destierro del cielo, hecho que es anunciado en Isaías 14:12 de la Santa Biblia:

11 descendió al Seol tu soberbia, y el sonido de tus arpas; gusanos serán tu cama, y gusanos te cubrirán. 12 ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. 13 Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; 14 sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al altísimo.

Y se le representa de esta forma, como un ser soberbio, desafiando el poder del Todopoderoso, creyéndose mejor que él, retándolo, sintiéndose orgulloso de una cualidad que no le había sido asignada por su Padre, por su creador, y enfrentándose a él, este ángel descendió de los cielos, y se describe aquel lugar al que es enviado, un lugar deplorable por su descripción, llenó de oscuridad y enfermedad, de sufrimiento. Es pues este el Lucifer que reina en el mal a partir de la mitología cristiana, cultura guía por la Biblia.

Sin embargo, Lucifer, antes de ser el “ángel caído” y descender de los cielos para gobernar en la áridas llamas del infierno, fue ángel, el más precioso de los ángeles de Dios. Lucifer viene del latín “portador de luz”, y la luz es conocimiento, sabiduría. En Ezequiel 28:15, la descripción de la condena aplicada sobre el rey Tiro, se puede entender que juega un doble sentido al comparar o referenciar el orgullo del rey Tiro con el de Lucifer al enfrentarse a Dios: “12 [...] Tu, creído sello o imagen de Dios, lleno de sabiduría y colmado de hermosura, 13 vivías en medio del paraíso de Dios...” (p. 872), aludiendo en primera instancia a sus hermosas capacidades como ángel y la posición que tenía en el cielo, dejando entrever su partida y su caída, y, más adelante menciona en el versículo 15: “Perfecto has sido en tus obras, desde el día de tu creación hasta que se halló en ti la maldad.”, retomando el motivo de su caída.

Existen también otras teorías que toman bases analíticas y críticas para abarcar una concepción más amplia de este personaje, proponiendo conceptos a partir de otras obras literarias, para restaurar su configuración como personaje tomando sus diferentes significados de acuerdo con el contexto en el que este es empleado. La definición de Lucifer en la obra de David Sánchez Márquez, *La biblia de Lucifer*, se abarca ampliamente su concepción al determinar que “El dios romano Lucifer era el portador de luz, el espíritu del aire, la personificación de la iluminación y el conocimiento.” Sin embargo, luego de su caída a partir del enfrentamiento que este llevó a cabo contra Dios, deja de llamarse Lucifer, como un acto de destitución no del nombre, sino que su significa en la tierra del Todopoderoso, así como el desprendimiento de sus facultades, limitándolas, perdiéndose a su vez cualquier rastro de vida y felicidad; así pues, desterrado, es enviado al infierno, a gobernar entre la muerte y los lamentos.

Con base en esto se determina que las facultades negativas de Lucifer surgen en él como una cuestión de consecuencia a partir del sufrimiento y los lamentos que en él provocó la pena que su padre le asignó, y no como una cuestión biológica o natural asignada desde su creación. Este hecho permite sostener la teoría de que Lucifer fue creado a semejanza de Dios y le fueron asignadas aptitudes únicas que hicieron de él un ángel exclusivo y sabio, pero, a partir de la adaptación que requería para sobrevivir a las llamas, su instinto desarrolló pensamientos que conllevaron a su vez a sentimientos de rabia y venganza, produciendo en él emociones negativas que fueron posteriormente representadas en su comportamiento habido de ética, puesto que desde una visión crítica la venganza que lleva a cabo en la Biblia eleva el grado de lamentaciones en el infierno al inducir a otros a cometer actos que atentan contra su vida e integridad de otros, y de moral, ya que su actuar excede los límites de la libertad cristiana. Es así como se determina, además, que el mal surge y tiene por fundamento el bien mismo.

Con estas bases teóricas basadas en obras literarias, se logra hacer una división en la personificación de Lucifer, atendiendo a sus facultades cognitivas, a sus poderes, su alcance al ser el portador de la luz, pero también a las facultades moralmente entendidas desde el desacato y la desobediencia, la ruptura de todo orden interpuesto por una entidad superior a todas las existentes. Pero, ¿por qué priman sus facultades negativas sobre las positivas? El comportamiento social se divide, desde la ética, entre lo correcto y lo incorrecto, entendiendo lo incorrecto como todo comportamiento que atenta contra la integridad de los de su entorno, rompiendo con la armonía social; y, desde la moral, se entiende por lo bueno y lo malo. La Sagrada Biblia nos plantea así las concepciones de lo bueno y lo malo, no de lo correcto y lo incorrecto, ya que sus prácticas, mandamientos y leyes parten de lo que un grupo social determina como correcto a partir de su tradición, careciendo de una reflexión profunda, crítica y filosófica sobre ese comportamiento, es entonces, como se determina a su vez que la desobediencia conlleva consigo actos de maldad, impuros, paganos, como los cometidos por Lucifer, por lo que es condenado a sufrir en el destierro, en el infierno, en la insoportable luz de la oscuridad, reinando la maldad, convirtiéndose en la figura social que conlleva consigo la perdición del hombre.

Lucifer en *El Paraíso Perdido* de John Milton

*Santa María, madre de Dios,
ruega por nosotros pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Oración a la Virgen María

Uno de los aspectos más destacables de la personificación que John Milton realiza sobre Lucifer, es la capacidad de abarcamiento tan profundo de los hechos que se desencadenan en el cielo del Todopoderoso a partir del contexto, sin que sea una justificación de los mismo, sino una relatoría completa de cómo su ser se va desarrollando entorno a esos sucesos, y lo realmente impactante, es que su año de publicación, que data en 1667, siglo XVII, fue cuando el deísmo empezó a tener su auge en Europa, una fuente filosófica atada a la religión que afirmaba la existe de un Dios, ser creador del universo, desde la razón, por lo que se evidencia que dentro de ese contexto social era bastante peculiar hallar una obra tan amplia en un aspecto tan controversial sobre el origen del bien y el mal, de Dios y de Lucifer, de la vida y de la ciencia.

En *El Paraíso Perdido*, Milton abarca una descripción de la figura angelical de Lucifer, así como la de los ángeles que lo acompañaron en su rebelión, destacando en ellos sus capacidades divinas, sus comportamientos más empáticos, amorosos, críticos y neutrales, atendiendo a la sabiduría con la cual Dios había iluminado su aura, para que así la pudiese llevar consigo y compartirla a través del conocimiento.

“Yo te saludo sagrada luz, hija primogenitora del cielo; ¿o me será permitido sin blasfemia llamarte rayo coetereo del Eterno? Puesto que Dios es la luz y desde la eternidad no ha

vivido sino en luz inaccesible, ha habitado pues en ti emanación brillante de la brillante esencia increada. ¿O prefieres oírte llamar manantial purísimo etéreo?” (p. 67), es como empieza Lucifer a hablarle a Sión, la tierra prometida, y en sus palabras, en la suavidad de su lenguaje, en la sutileza que existe sobre la elección de los términos y el alcance de las emociones, refleja todo amor ya en él, y reconoce que fue su creador quien se lo depositó, en la misma medida en que depositó el mal.

Desde la moral, un grupo social, determina lo bueno y lo malo en una sociedad, y allí en el cielo, un acto de desobediencia, de rebeldía y de oposición contra el Todopoderoso, se sobreentendía como un comportamiento inusual, irrespetuoso y merecedor de todo castigo, como el aplicado a Lucifer, en el que “[...] el Soberano Poder lo precipitó de cabeza, ardiendo desde la bóveda etérea, en espantosa combustión y ruina, hasta el abismo de una perdición sin fin...”, y entonces se observa el claro odio y hostigamiento por un comportamiento previamente determinado incorrecto, y el castigo, que contempla una sanción a partir de ello, pero que comandada por Dios se convierte en una pena eterna, en el que se le envía al caos y al sufrimiento a su ángel, uno de los seres más amados y allegados por el Todopoderoso, y en reclamo Lucifer se cuestiona, mientras yace en las llamas del infierno, en el agobiante espacio donde los lamentos se vuelven más sonoros y constantes, como un asilo del dolor que carga la pena, porque duele, porque en la pena existe el sufrimiento, y justificado o no por una causa moral, no deja de ser sufrimiento. Pero los sentimientos positivos no engendran del odio, el repudio y el castigo, no existe lección en la provocación del mal, no se halla aprendizaje en la enseñanza que solo castiga lo que se sale de unos lineamientos, como si las cuadrículas no limitaran la expresión, pues “[...] las cosas más santas se pervierten con el peor abuso, o haciendo de ellas el uso más indigno.” (p. 102). Y Lucifer lo sabe, sabe que en él se cosechó el

bien y el mal, pero como no hubo en donde repartir el bien, el mal ocupó el inmenso hogar de su alma, donde alguna vez había habitado el amor, y esto se evidencia en la desolación que transmiten las palabras por él pronunciadas, casi como cantos de lamento que dejan entrever aquel mal que se le fue designado en castigado, pero este no significa para él un triunfo o un premio, conllevar tal cargo solo se traducía en dolor.

Bajo estas premisas, Milton hace que Lucifer se refleje como un ser del que el mal se apoderó, pero sin dejar su bien a un lado, solo perdiendo alguna validez, puesto que ¿qué sentido tiene el sentir amor hacia algo cuando ya no se le es permitido? A raíz de esta posición y personificación de Lucifer, han surgido críticas entorno a Milton a juzgar por ser “abogado” de un ser culturalmente visto como “maligno”, sin embargo, él partió del análisis del Lucifer que la Biblia relata: un ángel sabio, pero también soberbio, que desciende del cielo para gobernar las crueles llamas del infierno, y quien en venganza decide atraer al hombre, la siguiente creación más preciada del Todopoderoso, para que desobedezca a su creador y se una a su rebelión, con el propósito de que el caído logre obtener un espacio con óptimas condiciones para habitar junto con los ángeles y seres que junto con él cayeron.

En su viaje reflexivo a la tierra, Lucifer se detiene a observar y contemplar el Paraíso, tan hermoso, enorme y lleno de luz, pero su esfuerzo no se limita a la apreciación, sino que se extiende a la profundización del motivo de Dios para su creación, y como si se tratara de una venganza y una cuestión individual, encuentra que la creación del hombre tiene por objetivo servirle, pues la nobleza les permitirá ceder ante su poder, y allí es donde se halla el placer de este. Para Lucifer, el humano, hecho a imagen y semejanza de Dios, no solo portaba la belleza y luz, sino también la sabiduría y las capacidades para llevarla a cabalidad, dictando él las leyes bajo las cuales sostendrán su buen accionar, fundado en el debido cumplimiento de estas, y

brindándoles la fortaleza energética para ejercerlas, pues sus ángeles habían corrompido ya su naturaleza, la propia y la colectiva, y para ello sus nuevas creaciones debían ser sabios, pero desde la ignorancia, convirtiéndose pues así en seres puros y sanos, basando su santidad en la “[...] verdadera libertad filial de la cual se deriva la autoridad legítima entre los hombres.” (p. 104).

La anterior premisa, expresada en *El paraíso perdido* por Lucifer, es reforzada por el Todopoderoso cuando, en conversaciones con Jesús sobre el enemigo, previamente a ser enviado para salvar a la humanidad, argumenta en la libertad que caracterizó a todas sus creaciones, el motivo de perversión y caída de la misma, sosteniendo que si la voluntad y la razón, carecieran de dicha libertad, el hombre habría obedecido a la necesidad y no a Él, entendiéndolo que, al concederla, el humano argumentaría su devoción en ella, librándolo a Él de toda responsabilidad de la perversión, puesto que sabía, de fondo, que el mal, ya creado, haría perder al hombre su Paraíso, encontrando placer en ello:

Sin la libertad, ¿qué prueba hubieran podido alegar sincera de constante fe o amor?

Donde solo aparece lo que se hace por necesidad y no espontáneamente, ¿de qué alabanza serían dignos, qué placer encontraría yo en semejante obediencia? Puesto que la voluntad y la razón, la razón también es libre, inútiles y efímeras, despojadas ambas de libertad, pasivas ambas, habrían obedecido a la necesidad, no a su Dios. (p. 70)

Así pues, la sabiduría que tanto caracteriza a Lucifer, se extiende en su capacidad de comprender la función original del humano, la capacidad de alcance de su Dios en la creación de un sinnúmero de seres destinados a servirle en su libertad, o perderlo en esta.

Por otro lado, en el deísmo, se justificaban los postulados en el uso de la razón para la radicación de ellas, por ende, justificaban la existencia de Dios en la razón, entendiendo a esta como aquella “[...] que refleja siempre el carácter racional (o irracional) concreto de una situación social, de una tendencia del desarrollo, dándole claridad conceptual y, por tanto, impulsándola o entorpeciéndola.” (*El asalto a la razón*, G. Lukács, p. 5), y lo que hizo este movimiento fue impulsar esa teoría cristiana, sin embargo, Milton no tomó lo que ella determinaba, sino que aplicó la misma razón para dar su interpretación de la pena aplicada sobre su Lucifer. En *El Paraíso Perdido*, Eva, al relatarle a Adán su sueño en el que presencia la maldad, y curiosa de su origen, habla de la razón, diciendo así que: “Cuando la naturaleza duerme, la razón se retira a su santuario íntimo y entonces aprovechándose de su ausencia, la burlesca fantasía se despierta para imitarla...” (p. 136), afirmación que, compuesta como analogía, alude al pecado, que aparece para imitar la razón cuando esta duerme en la naturaleza del cuerpo humano, entonces, Lucifer, se convierte en el representante de la irracionalidad una vez pasa a ser el ángel caído.

A partir de esto, Milton, produciendo la estocada final que refleja la sabiduría de Lucifer, hace de él el medio para que el humano se le acerque sin temor, usando una máscara que protegiera su identidad, para lograr establecerse en la tierra, atrayendo la humanidad a su legión a partir del uso de la razón durante el tiempo que permaneciera entre ellos, en el Paraíso, asemejando su imagen a la observada, apareciendo “[...] como un querubín adolescente, no de la primera jerarquía, pero tal sin embargo que en su faz sonrío la juventud del cielo y que todas sus formas se animan con la gracia mas seductora.” (87), puesto que “[...] la bondad no cree que hay peligro donde las apariencias no lo descubren.” (p. 89), y así fue como, entablando comunicaciones con ángeles, aparentando ser una criatura que no era, que no desearía ser, pero a

la que tenía que llegar a su objetivo, haciendo de la maldad la composición de su unidad, y de la venganza el motivo de ejecución, pues el horror y la duda se apoderaron de él, y descende, “[...] devorado por el cólera, el tentador antes de convertirse en el acusador del género humano, para vengar sobre el hombre débil e inocente, la derrota de su primera batalla y su fuga a los infiernos.” (95), y, aunque la sabiduría, también pervertida por la maldad que en él surgió, se pierde entre las tinieblas que lleva consigo el peso de su sufrimiento, y no deja de brillar enaltecida en su capacidad para ver e iluminar sobre lo desconocido: la esperanza de una legión ambiciosa.

Lucifer en *Los Sicarios del Cielo* de Rodolfo Martínez

*Porque no es Dios injusto,
para olvidarse de lo que habréis hecho,
y de la caridad que por respeto a su Nombre habéis mostrado,
en haber asistido y en asistir a los santos,
o fieles necesitados.*

- Hebreos 6:10

Los sicarios del cielo, es obra literaria publicada en el último siglo (XXI), precisamente en el año 2005, escrita por Rodolfo Martínez y cuyo foco principal radica en Remiel, el dueño de un bar que de vez en vez terminaba por ser el posible culpable en una serie de delitos cometidos en alguna escena, y para el que, sin embargo, nunca tenían una prueba que demostrara tal afirmación. Remiel representa a Lucifer, pero su nombre nunca es directamente mencionado en la novela, pero los de otros ángeles, incluido Gabriel, son mencionados. Una obra bastante moderna, que mezcla los conflictos individuales del personaje con situaciones de la actualidad, modernizando la personificación que se hace de Lucifer. Martínez, en esta representación, hace uso de un lenguaje muy coloquial, muy moderno, y sus personajes, incluido Lucifer, se mueven en diferentes escenas que se desarrollan en una época actual; la descripción de los escenarios, del comportamiento ya tan humano en cada uno de los personajes, fuesen o no humanos, deja ver destellos de la cultura y sociedad moderna, tan violenta, egoísta, cruel, pero a la vez amorosa y entregada.

La personificación de Lucifer parte de la descripción de un ser humano, un hombre, común, pero que despertaba curiosidad en sus allegados: Remiel, que deambulaba solo y su compañía se limitaba a la de otro hombre que trabaja para él como mesero, en quien siempre despertó curiosidad y sospecha, incluso de sus capacidades cognitivas. En la medida en que el texto avanza, los comportamientos de Remiel van describiendo la maldad de Lucifer, reflejando un misterio capaz de producir un terror abominable. La obra parte de una escena de crimen, y Paula es la detective encargada de investigar, por ende, de entrevistar al posible culpable, Remiel, cuya mirada era penetrante, intentando adentrarse en la figura que sus ojos observaban, siendo lo único con brillo que su cuerpo ya reflejaba, y el aire que desprende es sombrío, como su piel. Si bien la mención no es directa, en esta obra los primeros hechos relatan la vida de Lucifer ya en la tierra, viviendo entre los humanos, comportándose como uno.

En la mitología cristiana, Lucifer desciende de los cielos a las llamas del infierno, pero en venganza sube a la tierra para buscar al hombre y apoderarse de él. En *Los sicarios del cielo*, Lucifer vive entre ellos, pero no los toma por poder, ni para llevar a cabo actos de venganza, partiendo así de la descripción exacta y precisa de su personalidad sádica pero protectora, porque ese fue Lucifer cuando llegó a la tierra y luego de acomodar su existencia entre los humanos, haciendo uso de una máscara creada por sí mismo “[...] para ocultar, para proteger, pero a la larga funcionaban más como huellas que otra cosa. Incluso el hecho de haber elegido una máscara determinada y no otra era un indicio lo suficientemente claro para quien supiera mirar.” (p. 15), y que mejor que la de un hombre común y solitario, dueño de un bar constantemente visitado por extranjeros, y en el que además vivía.

Lucifer, reconocido por su belleza y sabiduría, desempeña un papel protector y justiciero, pues lo seres que con él subieron a la Tierra y de los que de él se desprendieron para vivir una

vida propia, aun compartían ese espacio a su lado, y la protección que alguna vez les ofreció en garantía, seguía siendo su vital prioridad. Sin embargo, largos siglos en el que era su nuevo hogar desarrollan nuevos vínculos, y Carlos, su mesero, es el primer ser humano a quien Remiel cuida, pero su descripción de cuidado es paternal, correctiva, formativa, y entregada, similar a la labor que en la Biblia es descrita por Dios, y en libros ofrece esta sabiduría a Carlos, quien noblemente y sin entenderla la acepta, pero su debilidad es tan visible que Remiel debe cuidarlo, sobre todo de los seres que vienen a seducir de una maldad más cruel y disfrazada, a desatar guerras que desencadenan la muerte, sufrimientos y lamentos, los mismos que ensordecieron su alma en su largo paso por la Tierra:

Había visto muerte y dolor suficiente para una vida humana, para varias vidas humanas, quizá para todas las posibles vidas humanas. Había visto morir y él mismo había matado, y hasta aquel instante ninguna de aquellas muertes lo habían afectado en lo más mínimo.
(p. 105)

El Lucifer de *Los sicarios del cielo*, rescata la profundidad del bien que habita en el personaje descrito inicialmente en la literatura, desde la misma Biblia, y lo usa como supervivencia, entonces la mezcla de sus comportamientos produce una composición paterna con los suyos, de hecho, en adelante durante el texto, Remiel no deja de proteger a través del conocimiento. En tierra es perseguido por una cúpula de sacerdotes denominados el *Brazo ciego de Dios*, cuya función es hacer el trabajo sucio de Dios, comportándose como enviados de él, humanos enviados, por él, a extirpar “[...] el tumor para que la Iglesia de Dios continúe sana.” (p. 67), y, reflejando cientos de rasgos de maldad, y ninguno de compasión, cometiendo hazañas violentas en la tierra que acarrearán solo muerte para los cercanos de Remiel, pues sus enemigos buscan acabar con él y sus ambiciones, como lo han intentado todos los demás hijos y enviados

del señor, eliminando el mal a partir del mal justificado en el bien: “[...] si en verdad eres inocente, Dios te acogerá en su seno.” (p. 64), pero, al no ser más que una secta fanática, la descripción de las cometidas de este grupo se traducen en un manifiesta de la maldad que siembre el Todopoderoso en sus creaciones.

Martínez toma los aspectos más positivos de Lucifer, los plasma en un contexto social y cultural moderno, y proporciona a la literatura la visión de un personaje actual, que mantiene su naturaleza original, pues la fuerza y la ira aun lo poseen, aún viven y hacen de él su infierno, obligándolo a existir en la eternidad del dolor y el sufrimiento humano, que contrario a lo que data en la literatura, produce desgrado y rechazo de su parte, pero es esa su pena, y mientras su existencia permanezca, la pena es también su incentivo de vida. Rescatar esta configuración plasma una visión más amplia de la interpretación que se le puede dar al personaje a partir de un contexto, y si bien se puede reconocer el rechazo social al personaje como una cuestión de tradición, esta es modificable en el tiempo a la vez que la sociedad se desarrolla, por lo que los planteamientos de Martínez, sobre la descripción de Lucifer en la maldad, promueven una visión más crítica y contextual del personaje, a toda vez que alude a la maldad con origen en los seguidores de Dios.

Por otro lado, Martínez proyecta en Remiel el reconocimiento de las capacidades o poderes “divinos” de Lucifer, y por ello, cuando Paula lo conoce, no deja de encontrárselo en sus sueños, pues en los momentos de vigilia, cuando la razón duerme, la fantasía le permite a él acercarse a ella, atraerla, verla, admirarla, reencontrarla como lo ha hecho en cada una de sus vidas, y entonces esta personificación femenina es fundamental para la interpretación de Lucifer, pues todo su actuar se refleja en las emociones y cuestiones que se plantea a lo largo del trayecto, reconociendo la atracción que siente por este ser extraño a su semejanza, pero que la incita a

correr riesgos e ir tras de él, como hizo Lucifer con Eva en la literatura, apareciéndose en sus sueños e invitándola a probar del fruto prohibido, pero esta vez, en *Los sicarios del cielo*, careciendo de una intención de daño, y aludiendo a su capacidad de salvación.

Lucifer en *Los sicarios del cielo* compromete su maldad en función social, transformándola luego de muchos años de pasar su existencia entre el Paraíso de los humanos, el pervertido Paraíso, en un bien, pero no por sus leyes, las del infierno, sino por aquellas divinas dictadas e impuestas, hacía muchos años, por Dios en él, que en arrepentimiento y castigo con el humano lo sumerge en océanos de sufrimiento; además, el autor alude a los escenarios originales, como el pandemonio, para situar a Remiel en los espacios limitados donde solo la maldad tiene cabida, una maldad que Remiel atiende como justa, pues no cabe en él mayor propósito que salvar a los humanos de la soberbia y venganza que luego alimenta a Gabriel.

Capítulo II. Configuración humana de Lucifer

Teoría sobre la configuración humana

Entretanto tres príncipes amigos de Job, habiendo oído todas las desgracias que le habían sobrevenido, partieron cada cual de su casa y estados:

Elifaz de Temán, Baldad de Suhá, y Sofar de Naamat:

porque habían concertado entre sí de venir juntos a visitarle y consolarle.

- Job 2,11

Desde el campo del psicoanálisis, Freud (1920) menciona que la empatía es aquello que condiciona al hombre a la vida en sociedad, entendiendo la empatía como la capacidad de percibir los pensamientos del otro, sin el carácter obligatorio de simpatizar, según Fritz Breithaupt (2011), quien parte de la diferenciación entre empatía y simpatía para dar a entender a la segunda como aquella que corresponde a la gestión e inclinación afectiva de una persona hacia otra, de forma desprevénida o espontánea, luego de que esta empatice sobre una situación, involucrando emociones que permiten una interacción directiva entre personas y situaciones en aras de mantener una convivencia en sociedad y una armonía individual y colectiva. Sin embargo, la facultad de empatizar y simpatizar no es exclusiva del humano, ni tampoco son lo suficientemente amplias en su abarcamiento de las situaciones, por lo que no se les puede atribuir al condicionamiento del hombre en su facultad humana (Carpena, 2016).

Aunque no existe una teoría Aristotélica formulada y dirigida hacia las emociones, existen bosquejos de ella partiendo del alma por base para su pensamiento filosófico; lo primero que refiere el filósofo es que el cuerpo es el mecanismo de manifiesto de las inclinaciones y padecimientos del alma:

[...] el cuerpo resulta afectado conjuntamente en todos los casos. Lo pone de manifiesto el hecho de que unas veces no se produce ira ni terror por más que concurran excitaciones violentas y palpables mientras que otras veces se produce la conmoción bajo el influjo de excitaciones pequeñas e imperceptibles... (Trueba Atienza, *La teoría aristotélica de las emociones*)

Lo que quiere decir, según Aristóteles, que el cuerpo responde a los mecanismos e impulsos del alma mediante su proyección, sin embargo, también menciona su variabilidad aludiendo así a la diversidad de respuestas según la individualidad y particularidad de las personas. Para comprender esto retomamos la teoría de que el ser se compone de cuerpo, mente y alma, de acuerdo con las neurociencias que hablan de nuestros actos y decisiones como “[...] el producto de complejas combinaciones electroquímicas. Todo acto humano, considerado incluso como asunto de investigación ética, podría reducirse a un mecanismo de estímulo respuesta.” (Martínez Barrera, p. 236), a partir de lo cual se determina que el cuerpo responde al estímulo del alma, tanto como al de la conciencia, ambas cuyo origen se da en la mente humana, y cuyas diferencias radican en la existencia o carencia de raciocinio a la hora de tomar decisiones o asumir determinados comportamientos.

El alma del ser humano se puede definir como el conjunto de características puras (orgánicas o naturales) del ser, desde la individualidad, que forjan su esencia y, por ende, una serie de comportamientos predeterminados que sirven de base para producir acciones que conllevan a reacciones, con base a las vivencias del mismo sujeto, las cuales son percibidas o aceptadas por el cuerpo a partir de sus sentidos. Entonces, el alma, además de componerse de la caracterización profunda de la esencia del ser es, a su vez, la respuesta emocional del ser ante las situaciones por él vividas. Así pues, humanos y animales, compuestos de mente, cuerpo y alma, son iguales, sin embargo, el humano, a diferencia de los animales, tiene la capacidad de razonar.

Entonces, si bien la empatía es inherente al ser humano, lo que le atribuye realmente su facultad “humana” es su extensiva capacidad de sentir y pensar en sí mismo y en el otro, y de tomar decisiones que conlleven a acciones, desligando a la empatía de su carácter instintivo y, por el contrario, atribuyéndole la facultad libertaria sobre el poder de decidir si obrar o no a favor de sí mismo y del otro bajo un estado de conciencia o raciocinio, entendiendo este como “la capacidad que tiene la persona de realizar asociaciones de dos juicios y ver sus diferencias y similitudes, que le dan la posibilidad de tomar decisiones importantes.” (Campos Vargas, 2011).

Dávila Gonçalves (2010), en su texto *Lo que nos hace humanos: deconstruyendo El pintor de batallas, de Arturo Pérez Reverte*, hace constante mención de aquellos aspectos que determinan la configuración humana del hombre, como la incapacidad de escaparse de sí mismo, la innata necesidad de sentir emociones, su irrenunciable destino a sufrir, y finalmente la facultad de amar y herir; así pues, se determina que el raciocinio es entonces la facultad que hace a la empatía aquello que configura al humano: “Nuestras emociones deciden, y luego nuestro poder de raciocinio, como si de un asesor de imagen se tratara, intenta urdir justificaciones plausibles.” (Frans de Waal, *La edad de la empatía*, pág. 23).

En la misma medida en que el raciocinio es facultad de la empatía, lo es también la conciencia, descrita por Damásio como “el patrón mental unificado en el que se conjugan el objeto y “self.”, o el “yo” (Martínez Barrera, *Alma, cuerpo y mente: Santo Tomás y algunos contemporáneos*), entendiendo entonces a la conciencia como un estado mental en que se está completamente lúcido sobre una situación particular en la que se encuentra involucrado el “yo”, que hace al humano desde la configuración de su ser, y el “otro” como igual, permitiendo pensar, sentir, razonar y accionar en respuesta al estímulo de ello.

Lilith

*Mirad que yo os envió como ovejas en medio de lobos;
por tanto, habéis de ser prudentes como serpientes,
y sencillos como palomas.*

- Mateo 10,16

Lilith, la *fémína diabólica*, es un ser creado a obra y semejanza de Dios y del primer hombre, Adán, no de él, pero sí desde sus mismos elementos: la tierra y el aire. Fue creada para su compañía y reproducción, y se le dotó de todas las capacidades que constataban a Adán, pero en otra figura y con otro propósito, uno simple, banal, utilitario, reproductivo y sexual, pues servir y complacer a su compañero era todo su deber, así como el de reproducir en su vientre a sus hijos, quienes serían formados para ser como su padre, en caso de ser hombres, o por el contrario servirle por ser mujer.

Lilith ha sido prácticamente borrada por la religión judeo-cristiana de su propia mitología, sin embargo, en su libro sagrado *La Santa Biblia*, es mencionada por primera vez en el Génesis 1, 27: “Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; creólos varón y hembra.”, lo que permite comprender el surgimiento o el producto de la creación del Todopoderoso, en donde nacen en igualdad de condiciones y capacidades, hombre y mujer, para existir y reproducirse, como lo dice el Génesis 1,28: “Y echóles Dios su bendición, y dijo: Creced y multiplicaos...”, esclareciendo a su vez que, el motivo por el cual se niega la relación de Eva con esta mención, es debido a que Eva, desde la mitología judeo-cristiana, nace de la costilla de Adán, y es mencionada posteriormente a Lilith en el Génesis 2, 21-23:

Por tanto, el Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño; y mientras estaba dormido, le quitó una de las costillas, y llenó de carne aquel vacío. 22. Y de la costilla aquella que había sacado de Adán, formó el Señor Dios una mujer: la cual puso delante de Adán. 23. Y dijo o exclamó Adán: Esto es hueso de mis huesos, y carne de mi carne: llamarse ha, pues, Hembra, porque del hombre ha sido sacada.

Como lo expresa el libro de *La santa biblia*, guía espiritual y de comportamiento del hombre cristiano, Eva es creada a partir de la extracción de una parte de Adán, posteriormente a la huida de Lilith, que fue creada con los mismos elementos de Adán y sin el deber exclusivo y natural de servirle. Pero la más grande de las incógnitas con Lilith surge en su lugar de huida, el destino al cual el camino del libre albedrío la llevó, puesto que a diferencia de lo que se puede creer, Lilith no fue desterrada, la desobediencia sobre los requerimientos de Adán fueron el motivo que ella usó para vivir lejos de la servidumbre puesto que esto iba contra su función libertaria. En la obra *Las hijas de Lilith*, Erika Bornay abarca en el primer capítulo la existencia y breve biografía de Lilith como punto de partida para su análisis:

Si Eva se mantuvo al lado de Adán, no ocurrió así con Lilith, que aparece como una insubordinada y rebelde criatura que abandona súbitamente a su esposo sin escuchar siquiera la voz del propio Dios induciéndola a permanecer junto a aquel a quien se le había destinado y ella rechazaba.

Lo que sucede con Lilith en el intermedio de su creación se convirtió en una total interpretación de los demás sucesos que relata la *Biblia*, pues su nombre o su existencia no vuelve a ser mencionada, a diferencia de la de Eva, sino hasta Isaías 34, 14: “Y se encontrarán allí los demonios, o seres malignos, con los onocentauros, y gritarán unos contra otros los sátiros o diablos; allí se acostará la lamia y encontrará su reposo”. La lamia, en la mitología griega, era

una criatura femenina caracterizada por una belleza exorbitante, cuya parte superior del cuerpo tenía un busto precioso, una cabellera larga y un rostro deslumbrante, sin embargo, la parte inferior era la de un reptil, simulando una serpiente, representando así la belleza del pecado, directamente relacionado con Lucifer, quien se aparece ante Eva en forma de serpiente en el Génesis 3,1:

Era, empero, la serpiente el animal más astuto de todos cuantos animales había hecho el Señor Dios sobre la tierra. Y dijo a la mujer: ¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comieseis de todos los árboles del paraíso?

¿Por qué, en especial, no del fruto de ese árbol, el del conocimiento y la ciencia, que, según la serpiente, les permitiría adquirir lo necesario para ser dioses? Entonces, el pecado, al revestir a Lilith, la hace mitad reptil, una terrible seductora y además depredadora de niños.

En la obra *El paraíso perdido* de John Milton, Lilith aparece custodiando las puertas del infierno que abren el paso hacia la Tierra, con “[...] el busto de una mujer hermosa, pero terminaba inmunda como una serpiente armada de un aguijón mortal, en mucho dobleces escamosos que formaban un inmenso volumen...” (p. 51), quien, sorprendida ante el olvido de su imagen por parte de Lucifer, procede a relatar que, de sus “angustias mortales”, nace ella del costado izquierdo de su cabeza, “[...] armada como una diosa y resplandeciente con la hermosura del cielo.” (p. 55), para ser posteriormente llamada por los espíritus celestiales como el “pecado”. Lilith nace de los sueños y temores, de la esperanza y la desilusión, del dolor y la soberbia, de la tristeza y la avaricia de Lucifer, de sus preocupaciones mortales aun siendo inmortal, por lo que su existencia no solo es fundamental para la comprensión de la composición humana de Lucifer acá analizada, sino para la contextualización del origen del pecado, de sí misma.

Contrario a lo que se reconoce o se concluye a partir de la mención y caracterización de Lilith en la mitología judeo-cristiana, una mujer creada del polvo y la tierra para vivir y reproducirse junto con Adán, desobediente, pecadora, desgarradora de las leyes de Dios y la representación de la consecuencia de la maldad de Lucifer, es en realidad la personificación de un ser libre, independiente, crítico, analítico y fuerte, tan fuerte como cualquier otro Dios masculino, y capaz de usar sus atributos divinos, como su belleza e inteligencia, para liberarse del sometimiento y los comportamientos serviciales que la borran, la limitan, la estructuran, la disminuyen y marginan en medio de otros seres. Durante siglos se le ha atribuido a la belleza femenina la despectiva connotación de maldad, de debilidad, de tentación, aquello que representa lo más fantástico y arrollador de la condición humana por su tan completa composición física, espiritual, energética, cognitiva e intelectual y, por ende, de cuidado, porque bien es sabido que el conocimiento es la rebelión de los que tienen el poder absoluto, y esto fue Lilith para Dios y para el hombre, a partir de lo cual se le asigna un carácter feminista, como lo describe Erika Bornay en su obra *Las hijas de Lilith* (1995): “La pareja nunca encontró la paz, principal porque Lilith, no queriendo renunciar a su igualdad, polemizaba con su compañero sobre el modo y la forma de realizar su unión carnal.” (p. 25), en la que la posición masculina siempre se sobrepuso sobre la femenina, situación suficiente para identificar el futuro que le deparaba y la escasa motivación para seguirlo, por lo que su vida en el infierno, gobernado por Lucifer, representan para ella la libertad de elegir, lo que desde la moral cristiana llamarían el “libre albedrío”.

Se considera importante la representación de Lilith para el análisis de la configuración humana de Lucifer debido a la caracterización asignada a ella que además de contener elementos similares, está directamente relacionada en la literatura, representando el mal moral y los comportamientos incorrectos del humano, que además se vincula con el ángel caído en un

amorío que surge a partir de su belleza y encanto, pero seguro también de su inteligencia y convicciones, igualmente libertarias a las de Lucifer, quien afirma que los ángeles, en igualdad de condiciones, nacieron para gobernar y no para servir, pues su servicio pertenecía únicamente a sus propias convicciones, que a toda vez fueron las del Omnipotente, quien los guiaba por el bien a partir de la fidelidad a su amor (John Milton, *El paraíso perdido*). Es así como encontramos a Lucifer y Lilith, ángel y humana, ambos con poderes dignos de cualquier Dios, que en su libertad eligen su actuar, contrario a lo ordenado por la supremacía, lo que era inaceptable e inconcebible por el Todopoderoso, quien asigna una libertad limitada en su reino, o absoluta en el infierno, por lo que son castigados, en diferente medida y condiciones, para terminar juntos y sumergidos en la rebeldía y lujuria carnal del amor, lo que condiciona a Lucifer aún más a su condición humana.

Configuración humana de Lucifer en *Los sicarios del cielo* de Rodolfo Martínez

*Y este es mi nuevo pacto con ellos, dice el Señor:
El Espíritu mío que está en ti, y las palabras mías
que puse yo en tu boca, no se apartarán de tus labios,
dice el Señor, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de tus nietos,
desde ahora para siempre.*

- *Isaías 59,21*

El Lucifer personificado en *Los sicarios del cielo* de Rodolfo Martínez es representado por Remiel, el dueño de un bar que, según su camarero, siempre lee la misma historia, y Remiel se lo deja creer porque sabe que Carlos, el camarero, no comprendería que en realidad leía una historia diferente cada día. El primer factor a considerar sobre la configuración humana que hace Martínez de Lucifer radica en destacar los comportamientos positivos del humano en él. Recordemos que, desde la mitología cristiana acá abarcada, Lucifer había sido uno de los primeros ángeles de Dios hecho a su semejanza, en libertad y con poder, que no era más que su propio poder pero designado para un reino, por lo que se determina que cualquier rasgo de humanidad presente en los ángeles, existió primero en el Todopoderoso, ya que siendo Él el Padre y único creador, es el único posible responsable en el origen de las cualidades positivas de los ángeles: nobleza, respeto y protección, a toda vez que alaban.

De Dios proviene todo el bien originado en el mundo y es este aquel que comparte e imparte a sus hijos para que sea divulgado entre los mortales de la Tierra, sin embargo, en *Los sicarios del cielo*, este ente se caracteriza por comportamientos poco compasivos por la venganza y el rencor, por la ira y la violencia, para así combatir contra todo poder al enemigo, al ángel

caído que pronto se precipitó a hacer un uso exhaustivo del poder y, apenas tuvo la oportunidad, decidió enfrentarse ante las nuevas leyes de Dios que constataban la obligación de servir a su único hijo verídico. Para ello, el autor Rodolfo Martínez ubica el desarrollo de la novela en un espacio temporal que corresponde al siglo XXI, hace uso de los elementos propios de la época, como el lenguaje, y en cuanto a los aspectos de la religión cristiana, predominante en la cultura actual, alude en su mayoría a los mensajeros de Dios, a los curas, esos seres que dedican toda su vida a formarse para ser los voceros del señor y compartir la palabra de Dios entre los mortales como él. *El Brazo Ciego de Dios*, se hacían llamar, y su propósito como curas era el de “extirpar el tumor de Dios”, por lo que optaban por medidas extremas de encarnizamiento para poder “combatir el mal” y eliminar a aquellos parásitos que habitaban entre la civilización perjudicando en amplios aspectos los mandamientos de Dios y sus leyes.

Carlos, el mesero de Remiel, es la primera víctima de *El brazo ciego* de Dios mencionada en la obra. Este grupo de curas buscaba acabar con la vida de Remiel, o Lucifer, y para ello, como parte de todo un plan de estrategia, debían atraerlo usando por carnada aquello que contara con tanto de su afecto como le fuese posible:

La única respuesta que recibió fue sentir su pierna derecha repentinamente libre. El hombre joven la sujeto y acerco algo a su rodilla. Carlos vio el brillo maligno del sacacorchos en su mano y comprendió lo que iba a ocurrir un parpadeo antes de que sucediera. El hombre empezó a taladrar du rodilla, girando expertamente el sacacorchos: una alegría salvaje asomaba a sus ojos y aquello fue aún peor que le dolor insoportable que convirtió el cuerpo de Carlos en un amasijo sin sentido ni voluntad. (p. 65)

Cuando Remiel llega y observa a Carlos padeciendo de dolor, se arrodilla, y a partir de su corta conversación, en la que Remiel manifiesta su perdón por no haberlo protegido, podemos

observar a su vez un comportamiento empático por parte del personaje, una de las características de las que parte la configuración humana del ser, afianzándose a la situación de Carlos, su amigo, a quien debía proteger y debido a una trampa no lo logra, provocando que los lamentos de Carlos se conviertan en los suyos, simpatizando a partir de las emociones con su dolor y su discordia por haber confiado. Esta empatía y simpatía de Remiel refleja los rasgos protectores que cumplen los ángeles, incluido Lucifer antes de la caída; en Lucas 16,22 del *Libro de la Santa Biblia* dice: “Sucedió, pues, que murió dicho mendigo, y fue llevado por los Ángeles al seno de Abraham.”, lo que anuncia su instinto y labor de protección, tal como Martínez lo hace. Dentro del abarcamiento religioso que se hace sobre el personaje de Lucifer, tienden a influir los comportamientos morales de la sociedad, por lo que este, al contrariar las leyes de Dios y quedar desprotegido por su reino, se convierte el enemigo del superior y de sus súbditos y seguidores, por lo que no se vislumbra o cuestionan los aspectos positivos del ángel una vez cae.

Si bien los comportamientos positivos no son siempre opacados por lo negativos, si es cierto que los aspectos negativos tienden a impactar en una escala mayor sobre los positivos ya que son las situaciones de afectación las que secuelas más pesadas dejan. Así sucedió con Lucifer, tan humano, que, guiado por las pasiones, los deseos y la avaricia de poder y libertad, renuncia a sus riquezas y comodidades en el Edén, y el humano, tan hijo de Dios como Lucifer, incurre en los mismos hechos que, guiados por las grandes pasiones que se vuelven adicciones, se envuelven en ello y hacen mal provecho de sus libertades, superando lo que se le es permitido de su uso bajo las leyes de Dios.

Martínez plantea mediante Remiel una serie de comportamientos negativos de los cuales nacen resultados positivos. Mas que una personificación que busca defender los comportamientos negativos de Lucifer, porque en realidad no es la función que refleja el texto,

es indagar sobre los aspectos positivos de Lucifer, que además son ejercidos por él en las diferentes menciones literarias: “[...] a la larga el miedo es una forma más segura de atraerle que el dolor.” (p. 67), y, ¿por qué sentiría temor un ser poderoso y superior al humano de algo que él mismo puede hacer? Los sentimientos hacen del humano un ser más complejo a partir de la interiorización de sus emociones, esto quiere decir que, si bien las especies animales son seres sintientes, la conciencia y la capacidad de razonar y analizar son las que hacen de la empatía y simpatía humana un aspecto exclusivo de su especie, sin embargo, Lucifer, a pesar de ser ángel, denota estos rasgos humanos en su composición.

La identificación de las emociones del personaje permite llegar a una comprensión más profunda sobre el porqué de sus comportamientos, teniendo en cuenta que alguna de las que se perciben en la obra de Martínez son el dolor, la tristeza, la desolación, la decepción y el arrepentimiento, que hacen del ángel caído un ser más sensible y altamente sensorial, con la capacidad de involucrarse emocionalmente en aras de brindar una seguridad. El odio surge como consecuencia a otra emoción, generalmente de tristeza o dolor tanto físico como emocional, que se representa en la venganza y en la intención de herir y dañar al objetivo. En *Los sicarios del cielo*, una de los seres amparados por la protección angelical de Lucifer es Sara, la hija de una mujer víctima de violencia por parte de un narcotraficante cuyos comportamientos son violentos; en una ocasión Remiel se entera del daño que este hombre ocasiona a Sara y , en un acto de protección y seguridad sobre la misma, se acerca al hombre y destruye su rodilla diciendo: “[...] la próxima vez que le pongas un dedo encima a Sara convertiré en carne picada algo más que tu rodilla” (p. 27), por lo que es en el uso de un lenguaje explícito y violento que se denota una amenaza directa, y se reconoce que se hace en respuesta a un sentido de protección de la maldad sobre la nobleza.

Pero el Lucifer de Martínez no solo es protector, sino que es capaz de sentir amor y compasión, como lo hace por Paula, la policía que investiga los homicidios que se han llevado a cabo en presencia de Remiel, a quien conoce de otras vidas, aquellas anteriores en las que ella muere, mientras él, inmortal aún después de su condición de caído, la observa. Aun así, en las siguientes vidas, Remiel se encarga de buscarla en cada una de ellas, lo que proyecta los peldaños de la bondad presente en Lucifer, y, si bien se puede contemplar la teoría de que el amor que Lucifer o Remiel dirige sobre el humano, o sobre Paula, es consecuencia de algunas de las labores por Dios asignadas. Sin embargo, deslegitimamos esta teoría teniendo en cuenta que dentro del amor de Dios parte el servicio y, como menciona la mitología judea cristiana, Lucifer se rebela contra Dios para no servirle a otro ser inferior a ellos, así pues, si bien el compromiso de los ángeles era de guía espiritual del hombre, su compromiso no profundizaba en servir a las leyes de este.

El ser humano, espectador y figura viviente de situaciones positivas y negativas, también desarrolla emociones que afectan y limitan la libertad de terceros. En relevante medida, el homicidio de Carlos, aunque se sabe que no fue alguna vez objetivo de Remiel, sí es consecuencia de sus comportamientos “negativos” o inmorales cometidos hace siglos cuando hacia parte de las legiones de Dios, consecuencias que lo han perseguido y perseguirán por el resto de su eternidad, por lo que su vida se vuelve una cuestión de supervivencia, así como la de aquellos que con él se relacionan, ya que el castigo no solo recae sobre él sino que por el contrario puede recaer y afectar en mayor proporción a sus cercanos, por ende, ocasionar heridas de mayor gravedad sobre el ángel, lo que refleja en cierta medida la debilidad de Lucifer, radicada no en sus decisiones, sino en sus emociones.

Filósofos y profesionales de la rama de la ética han dispuestos de sus teorías desarrolladas a partir del análisis para no impartir juicios morales y de culpa, sino juicios éticos de responsabilidad, lo que asegura la comprensión de un comportamiento desde la esencia del mismo. Lucifer en *Los sicarios del cielo*, caracterizado por una figura atractiva y humana, se comporta, además, como un humano desde la esencia del ser de acuerdo con su entorno, atendiendo al hecho de que el comportamiento humano se rige y desarrolla de acuerdo con el momento histórico y las situaciones de carácter cultural y social, entonces, ¿de dónde vienen los juicios sociales? La distinción del bien y mal de Dios no dio cabida al cuestionamiento del real origen del mal teniendo en cuenta que fue Él el creador del todo a partir de la nada. En *Los sicarios del cielo*, Rodolfo plantea un Dios “intransigente” (p. 52), en el que solo su verdad y nada más que su palabra ha de ser en el mundo y entre los vivientes, pues suyo es el reino y suya la gloria, pero este absolutismo es el reflejo del abuso del poder, pues la carencia de cuestionamiento, de profundización y análisis, pueden hacer del propio comportamiento la perdición del mismo, y atendiendo al carácter vengativo que se origina en Dios y transmite a sus creaciones, es como se determina la configuración humana de Lucifer o Remiel en la obra de Martínez desde sus aspectos negativos.

En una conversación con Paula, la policía amiga de Remiel, dice:

Al principio, para mí las emociones, los sentimientos, eran más una cuestión de hábito que otra cosa. Salvo la curiosidad, que había devorado mis entrañas desde la primera vez que las tuve, el resto de lo que vosotros experimentáis como natural era para mí algo ajeno, una extraña excrecencia que acompañaba a la carne, algo de lo que no conseguía librarme pero que tampoco sentía como propio. Entiéndelo, la mayoría de las emociones están atadas a la carne y sin ella no existen. Pero es más que eso: vosotros habéis nacido

para ser carne, se os diseñó para sentir; a nosotros no. Somos (¿éramos?, al menos yo) criaturas lineales, casi planas, incapaces de ir más allá de la guía que articulaba nuestro comportamiento: la obsesión por el orden de Gabriel, la tenaz persecución de la justicia por parte de Shamael, mi curiosidad insaciable, el silencio taciturno y afilado de Duma. (p. 129)

Desde la profundidad del mensaje, se proyecta el contexto existente en la personificación de Lucifer a partir de su configuración humana, entendiendo que se hace el reconocimiento de la carencia de emociones por parte de los ángeles, superiores a los humanos, lo que confirma el condicionamiento de la capacidad de interiorizar y razonar los pensamientos y emociones a su condición humana. Las pasiones y los sentimientos de Lucifer en *Los sicarios del cielo* son el motivo de su perversión y perdición, el motivo tras el cual el personaje adquiere una mayor debilidad y se convierte progresivamente en un blanco fácil para los enemigos que justifican su comportamiento en Dios, una cuestión que no lo libera, pero a la cual no puede renunciar. Son estas pasiones las que transforman la esencia del Lucifer que ama y odia, que ataca y protege, y que es tan humano, comprendiendo así que lo único perverso en sus acciones era el motivo de su impulso, reconociendo al amor como uno de ellos.

Configuración humana de Lucifer en *El paraíso perdido* de John Milton

*Así es que no entrará en alma maligna la sabiduría,
ni habitará en el cuerpo sometido al pecado.*

- *Sabiduría 1, 4*

A diferencia de la personificación de Lucifer abarcada por Rodolfo Martínez en *Los sicarios del cielo*, John Milton, debido al método de escritura de la época, el tipo de texto que desarrolla, que recordemos es un poema, conlleva un análisis más profundo sobre las emociones del personaje, incluso sobre sus comportamientos, lo que permite vislumbrar que Milton quiso profundizar en la esencia del ser para identificar los motivos tras su actuar y así plantear una personificación real del mismo, pues, el Lucifer que parte de Milton es reflexivo y asume la consistencia de sí desde la reflexión:

[...] de que sirve que nos haya dejado nuestro espíritu y nuestro vigor intactos, fuertes para sufrir y soportar nuestras penas, a fin de que bastemos a su ira vengativa, o para que podamos servirle mejor como sus esclavos por el derecho de la guerra, a medida de sus necesidades, trabajando en el fuego, aquí en el corazón del infierno... (p. 7)

Esto confirma la capacidad de Lucifer de interiorizar y razonar sus pensamientos y creencias, así como las de sus cercanos, en esta ocasión Dios, en quien busca hallar un motivo tras su situación y la de los ángeles que junto a él cayeron al infierno conservando su espíritu y su fuerza para así soportar el castigo eterno. Hablamos de pensamientos y no emociones en esta ocasión debido a que, si bien estas intervienen en el comportamiento reflexivo de Lucifer, su abarcamiento reflexivo se limita a la interiorización de las posibles razones de Dios en su

comportamiento, lo que a su vez deja destellos de una cualidad empática sobre el que, en esta ocasión, sería su enemigo.

La decadencia de Lucifer parte en primera instancia del orgullo, la libertad y la obediencia, tres situaciones que, desde el punto de vista humano, son o pueden ser claros motivos de discordia e incluso violencia en diferentes escenarios públicos o privados, tal como le sucede al personaje en la obra, quien, reunido con su secta de ángeles, a altas horas de la noche en aquella montaña levantada sobre otra montaña, manifiesta el motivo de su rebelión:

Por Él es todo este tropel de marcha en la mitad de la noche y esta apresurada reunión, solo con el objeto de consultar, qué nuevos honores inventaremos para recibir del mejor modo al que viene a recibir de nosotros el tributo de la rodilla que se dobla y que aún no hemos pagado. ¡Vil humillación! (p. 157)

Estas condiciones surgen a partir del conocimiento y uso del raciocinio, la capacidad de reflexionar sobre una situación de orden jerárquico que se lleva a cabo en el cielo luego de que Dios presentase a su Hijo, quien había sido honrado por su Padre proclamándolo como Rey Mesías. Por mandamiento, los ángeles, aunque superiores a este, debían servir, a un ser recién existente, cuyos poderes no lograban tener sus alcances, mucho menos el de Lucifer, el ángel más poderoso de la legión, y, sin embargo, su propósito era tan enorme que superaba la fuerza del caído, pero esto no lo sabía él hasta el momento, y en todo caso le era inconcebible su servicio que superaba toda ley de libertad.

Rescatar y destacar la capacidad de análisis en la personificación del ángel caído es sin duda una de las cuestiones más importantes que desarrolla Milton en su obra, es el rescate de los motivos reales y trascendentales que existen en el comportamiento desacertado de un ser

angelical, introduciéndose a su vez en los aspectos propios de la sabiduría que permiten deslumbrarlo desde su integridad crítica que, si bien rompe con las leyes de contradicción de un superior, carece de total sumisión y conformismo, elementos fundamentales a la hora de construir una sociedad, que indiscutiblemente era uno de los objetivos del Todopoderoso.

En estos cuestionamientos, la libertad desempeña un papel importante no solo para la comprensión misma de Lucifer como personaje cuya composición es divina y humana, sino también la de Dios, quien le concede la misma. En cuanto a la libertad, Hanna Arendt (1991), filósofa y escritora, nos dice que:

[...] la libertad no es una realidad terrenalmente tangible, esto es, no es política. Es porque el origen de la libertad permanece presente aun cuando la vida política se ha petrificado y la acción política se ha hecho impotente para interrumpir estos procesos automáticos, que la libertad puede ser tan fácilmente confundida con un fenómeno esencialmente no político; en dichas circunstancias, la libertad no es experimentada como un modo de ser con su propia virtud y virtuosidad, sino como un don supremo.

Si bien su abarcamiento se limita a la condición humana, el análisis de tal configuración sobre un personaje no humano, permite el uso de esta libertad como virtud únicamente concedida por Dios, que se compone además de un carácter irrenunciable, incluso sobre el poder. En una conversación que tiene el ángel Rafael, enviado por Dios, con Adán para advertirle sobre la perversión que Lucifer podría ejercer sobre ellos para que comieran del fruto prohibido que se desprende del árbol de la ciencia, este habla sobre su libertad de amor y su libertad de servicio. Menciona que libres fueron en creación para que libre fuese su elección de seguir los caminos y leyes de Dios, su Padre, puesto que en él no se hallaba un placer diferente en el amor si no surgía

de la libertad: “Libremente servimos porque libremente amamos, como que depende de nuestra voluntad amar o no amar: de este modo nos sostenemos o nos caemos...” (p. 150).

Sin embargo, una libertad condicionada no es libertad absoluta, y si bien se sostiene y se acepta la violencia como limitación de la libertad, lejos de la moral, los comportamientos de rebelión y cuestionamiento carecen de violencia y por el contrario promulgan un desarrollo. La libertad concedida por el Todopoderoso a sus ángeles tenía por límite la privación del amor dirigido a su creador, una posición bastante egocéntrica y egoísta teniendo en cuenta que proviene del Dios del amor y la dignidad, por lo que la renuncia de Lucifer a este y su servicio, se convierte en motivo de caído espiritual del ángel.

Y, ¿quién bajo sus cinco sentidos y su capacidad de raciocinio, no dimensiona o contempla siquiera las consecuencias de una caída, a la cual se referencia como parte del crecimiento personal? Los sentimientos de impotencia, prepotencia e ira de Lucifer, son tan válidos como los sentimientos de dolor, tristeza, rabia y melancolía, y si bien en la mayoría de obras literarias se indaga y profundiza sobre los primeros como uno motivo e incentivo de su comportamiento, Milton opta por un abarcamiento de estos desde la sensibilidad del dolor, el horror y la duda de sus pensamientos que arrasan su mente y llena de conciencia la desesperación, que entre sollozos manifiesta:

¡Miserable de mí! ¿por qué camino huiré de la cólera infinita y de la desesperación infinita? Cualquier camino que tome conducirá al infierno, porque yo soy el infierno y en lo más profundo de mi alma hay siempre una sima más profunda que eternamente amenaza abrirse para devorarme; y comparado a este infierno de mí mismo, el infierno en que habito me parece un cielo. (p. 97)

Las lamentaciones o arrepentimientos de Lucifer provienen no en sí de su lucha o replica contra las nuevas leyes de su libertad, sino del dolor emocional que esto ocasionó en él, quien más que condenado a gobernar las llamas del infierno, es condenado al sufrimiento, al dolor físico que quema y debilita, a la cólera que produce en él un entorno de lamentaciones, de tristeza, de desolación y de auxilio, que lo hacen ver y sentir como el provocador de esos males, cuando en realidad estos le son asignados, pero es la pérdida total del control sobre sus emociones lo que lo llevan a una situación de desespero, de carencia de raciocinio y conciencia, que lo suman a la perdición de su mente que le indica que el infierno es también él.

La emotividad de Lucifer en manos de Milton es enorme, y al fusionarla con su sabiduría logra proyectar un personaje con una configuración humana altamente poderosa, superior a cualquiera del ser humano, pero que se cierna en este debido a que el origen de sus comportamientos parte del hombre, más no del ángel y, sin embargo, al último también lo componen. En el momento en que Lucifer pasa por las puertas del infierno que lo comunican con la Tierra contempla así el árbol de la vida, sembrado al lado del árbol de la muerte, también llamado el de la ciencia, y su admiración se cierna en el segundo al contemplar el conocimiento que de él se desprende, incentivando su indagación sobre el motivo de su prohibición para el consumo humano: “¿Conocer lo que se ignora puede ser un crimen? ¿Puede eso conducir a la muerte? ¿Conque solo se sostienen por la ignorancia? ¿Es este su feliz estado, esta la prueba de su obediencia y de su fe?” (p. 112), quien, enardecido por mostrarles su libertad, la oportunidad y capacidad de adquirir conocimiento que los haría iguales a su Creador, los incita al consumo de este.

Durante siglos el conocimiento ha sido reconocido como fuente de poder, porque el conocimiento no se da por una cuestión de magia, el conocimiento en una capacidad adquirida a

partir del raciocinio y análisis, pero la obtención de datos e información que explican el deber ser de los “fenómenos” de la vida, desde la investigación científica de los mismo, un poco alejado de lo emocional y lo pasional, hacen del hombre los cimientos para su sabiduría, que le servirá de herramienta en la toma de sus decisiones, lo que en gran medida perjudica la creencia, alabanza y servicio a Dios al desvirtualizar su carácter omnipotente, por lo que la ignorancia se convierte en el único medio para su existencia.

A pesar de que el fracaso del propósito de Lucifer se traduce en la continuidad de su sufrimiento, la empatía que siente por el humano, la admiración por sus deseos y su lealtad, son los propulsores de su comportamiento humanizado, que se abre a sentir pasión y compasión en la misma medida en que lo sintió por sus ángeles al contemplar la legión entera condenada al sufrimiento al que él mismo los había llevado, con motivación éticamente justificada, que se compone transparente cuando el dolor prima, y en la superioridad de una roca los contempla con amor: “Mis pensamientos los contemplan con admiración y me siento capaz de amarlos.” (p. 107), lo que expone su capacidad sensorial intensificada por su emotividad y sostenida por su sabiduría, puesto que “¿Hay alguien que ame el dolor? ¿Quién, hallando un camino, no huiría del infierno, aunque a él estuvieses condenado? Tú mismo lo ansiarías sin duda y atrevido huirías a cualquier lugar, el más distante del dolor, donde tuvieras la esperanza de cambiar el tormento por el descanso y de indemnizarle lo más pronto, del dolor con el placer, que es lo que busco en estos sitios.” (p. 125-126). Comprender la realidad de su situación de ángel caído, a partir de sus motivaciones, pensamientos, sentimientos, emociones y sensaciones, permite comprender la motivación que lo condicionó —sobre la cual no impartimos juicios morales—, los hechos ocurridos en el Edén que impulsaron su reacción rebelde, así como su sentir emocional, exponiendo así un Lucifer, mitad ángel en la capacidad y alcance de su inmenso poder de

iluminación siendo el gran portador de la luz y sabiduría, y mitad humano en su capacidad de percibir, cuestionar, plantear, manifestar y actuar en favor de su capacidad sensorial para guiar su accionar hacia lo que la esencia de su ser le indica, conociendo a través de su capacidad crítica las consecuencias de esto y la fortaleza a la que debía afianzarse para sobrevivir allí en el castigo, salvaguardando la integridad de su legión de ángeles, a quienes ama y promete un mejor lugar en el cual establecerse, integrando la humanidad a su divinidad.

Capítulo III. Lucifer: ángel y humano

Lucifer. La transformación de un ángel

*No se aparte de ti la misericordia y la verdad;
ponlas como collar en tu garganta,
y estámpalas, en las telas de tu corazón,
y hallarás gracia y buena opinión delante de Dios y de los hombres.*

- Proverbios 3, 3-4

En Proverbios 3, 7 del *Libro de la Santa Biblia* dice: “No te tengas a ti mismo por sabio. Teme a Dios, y huye del mal.”, anunciando al hombre el que sería uno de los, irónicamente, consejos más sabios que podía recibir, la extensa recomendación de mantenerse al margen de las leyes de Dios, usar su inteligencia, más no la sabiduría de la cual carecían, para obedecer a la razón desde el temor que provoca desafiarla, así como a Dios, que a su vez son lo mismo: lo absoluto. A partir del temor, el hombre huirá del mal, apartará de su camino cualquier situación que lo provoque, al mal y a él, de esta forma jamás perderá el Paraíso, ni tendría que entregarse a las llamas del infierno en las que ardería por su pecado, que parte siempre de la soberbia.

En *El Paraíso Perdido* de John Milton, mientras Eva entabla una conversación con Adán, en la que disciernen sobre su constante compañía, la necesidad de cuidarse del mal que les habían anunciado que los asecharía, y la libertad y el temor como un contrincante de su felicidad, ella le dice:

¿cómo podemos ser felices, dominados siempre por el temor del mal? Pero el mal no precede al pecado. Nuestro enemigo al intentar seducirnos, no hace sino insultarnos con el cínico desprecio de nuestra virtud, pero su vil desprecio, lejos de arrojarla sobre nosotros, hace caer sobre él, la mancha del deshonor.” (p. 257)

Esta afirmación, a diferencia de la realizada en el *Libro de la Santa Biblia*, hace referencia al temor por el mal, el cual proviene de Lucifer, y no de Dios como ente superior. A partir de esto, es importante recordar lo mencionado en los capítulos anteriores en donde se determinaba que Dios fue el creador del todo, por ende, quien designa el bien y también el mal, pues de él procede todo lo real y existente, y es por esto es que conviene mantener al hombre razonable y creyente, pero siempre libre, pues la libertad es aquella que condiciona su virtud y su pureza, dedicada a la obediencia, de forma que el Creador se libere así de la responsabilidad de los posibles caos que dicha maldad podría desencadenar. Pero la libertad de decidir, o el “libre albedrío”, no desestima el poder del mal como creación de Dios, sino que aún más, con total seguridad se confirma su autoría.

Entonces, el temor a Dios mencionado por la Biblia, es en realidad el temor al poder de su castigo, el temor a la furia que desataría la desobediencia a sus órdenes, tal como pasó tiempo atrás con Lucifer, lo que convierte al segundo en la muestra de lo que la soberbia conlleva, la muestra hecha para el hombre, que convierte al rebelde en lo opuesto a lo correcto a partir del ejercicio de su libertad, de la cual, así como los humanos, fue dotado por su Creador. El temor a Lucifer es en realidad el temor del hombre a la pérdida de su virtud, al mal que luce brillante en el Paraíso, que Lucifer porta como poseedor y no como creador: el temor al castigo, el temor a Dios. Pero en todo caso, la virtud es de carácter individual, lo que quiere decir que como Lucifer y los ángeles de su legión que junto con él cayeron, el hombre puede decidir si tomar o no del fruto prohibido, y aunque la seducción sea insistente, el desprecio a su virtud es ocasionado únicamente por sí mismo.

Lucifer ha sido en la literatura la constante transformación de un ángel, abarcado desde su aspecto angelical, divino y lleno de virtud que posaba al lado del Padre creador del todo, hasta

Satanás, como fue llamado luego de su destierro, con su infierno, las llamas, la maldad y el pecado. Sin embargo, se ha dejado a un lado su razón de ser, careciendo increíbles obras de información sobre su esencia, limitando su significancia a lo designado por la mitología cristiana; su lado humano, sus emociones, aquello que lo hizo débil estando tan dotado de grande poder, de deslumbrante sabiduría, es escaso. En *Los sicarios del cielo* de Rodolfo Martínez, Lucifer, o también Remiel, luego de siglos de vivir entre los mortales, toma su figura y su comportamiento, y ya no como un enemigo sino como un ciudadano más, desempeña una vida humana, enfrentándose únicamente ante conflictos o divinidades cuando estas le eran buscadas para matarle y darle fin a su estadía en el Paraíso, lugar al que nunca fue invitado por su Creador, y al que por el contrario se le prohibía su ingreso. Es un hombre, se enamora en cada una de sus vidas, con la diferencia en que era consciente de ello en su totalidad, y un día, luego de posar al lado de un tanque de agua y de desdoblar su espíritu para hablar con Shamael, se entrega a la carne, ya no solo en espíritu sino también en cuerpo.

En todo caso, la incógnita sobre el amor que Lucifer siente se plantea entorno a su situación de destierro en un proporción mucho más amplia, debido a que los juzgamientos recaen sobre él en su acto de desobediencia, ante lo que John Milton se encarga de relatarnos, en *El paraíso perdido*, de una forma muy poética y estética, como la adoración de Lucifer por el hombre, y la adoración no como una obsesión, sino como una cuestión de admiración, por la belleza, por la naturaleza y su riqueza en variedad de colores, olores y sabores dignos de todo placer, y en la que, en medio de tantos colores, Eva desempeñaba el papel más importante, que por supuesto no era el de un peón corriente, sino el de la belleza absoluta:

Tal fue el placer que experimentó la serpiente a la vista de este vergel florido, el retrato encantador de Eva, así solitaria y en la primera hora de la mañana: sus formas divinas y

angelicales, pero todavía más dulces y femeninas, su inocencia llena de gracia, todo el aire de su porte y sus menores movimientos sobrecogieron de tal manera su malicia, que en un raptó insensible lo desarmaron de la fiereza del odioso designio que traía. (p. 261)

Durante siglos se ha hablado del amor como una fuerza superior, en la mitología cristiana, en las obras contemporáneas, y por supuesto en *Los sicarios del cielo* y *El paraíso perdido*; y el encuentro de la serpiente, que llevaba en sí como espíritu a Lucifer, junto con Eva, es la prueba de ese amor, un amor que se arma de pureza y desarma al ser de odio, resentimiento y furia, como sucedió con el amor que Lucifer sintió por Eva. Pero el amor, aunque muy fuerte para producir placer y traer consigo mucha gracia, lo es también para el dolor y la desgracia.

Pensamos en el dolor desde una visión humana: ¿qué produce el dolor en el hombre?, haciendo referencia a un dolor emocional, posiblemente proveniente de alguna situación de pérdida o fracaso, las que serían las más frecuentes, lo que nos lleva a ver el dolor como una cuestión individual y subjetiva a partir de lo cual cada ser determina lo que requiere para reparar sus daños. Aceptamos un mundo absurdo de salidas, pero únicamente las que son estrictamente acertadas, y aunque no validadas, los errores, los desaciertos y las decisiones que rompen con una estructura previamente determinada, son también salidas para sobrepasar el dolor. ¿Qué provocó el dolor en Lucifer? Pues para la comprensión de sus motivos y razón de ser, no se debe partir del juzgamiento, sino del análisis contextual de los hechos enmarcados en la literatura.

En el encuentro de Lucifer con la Tierra en *El paraíso perdido* de Milton, el ser angelical manifiesta nuevamente su aprecio por la tierra, el cielo, los ríos, los bosques y sus llanuras, su belleza y riqueza, y sin embargo, nada de eso era para él, nada de eso se lo había dado Dios, de nada de aquello se les había dotado a los ángeles, no había algún manantial del cual hacer goce, o frutos de pulpa dulce que deleitar, y por el contrario, incluso sus labores designadas dejaron de

ser justas, y se le dio fin a su libertad a cambio del servicio a un ser inferior, y así pues, el ángel, también humano, dice: “Pero en ninguno de estos sitios puedo encontrar descanso ni refugio y mientras más placeres veo a mi alrededor, tanto más siento el tormento que está dentro de mí, como si yo fuera el asiento abominable de la contradicción.” (p. 150-251), y se podría determinar su extrema fijación en el odio sin facultad de origen, pero el detonante de su comportamiento radica realmente en la tristeza, la desolación y la decepción que esto le produce, lo que se mezcla con su ego, su poder y su impotencia, para estallar en furia y arremeter contra aquellos a quienes el Paraíso se les fue ofrecido.

Lucifer fue tan humano como cualquiera, su composición se caracterizaba por sus facultades angelicales, por sus poderes divinos, por su condición de ángel y una sabiduría única, lo que lo destaca como superior al hombre, sin embargo, fue la pérdida del control de sí y de sus emociones lo que lo encaminaron por vías alternas no solo no designadas por su creador para él, sino además significaron su perdición. Lucifer era el portador de la sabiduría, sabía muy bien los movimientos que debía hacer, supo engañar a su Dios y a un número importante de ángeles que junto con él posaban en el Edén, lo hizo también con otros seres, lo hizo con el humano deslizándose en forma de serpiente y suscitando las palabras correctas que no solo llevarían al pecado entendido como el acceso a lo prohibido por Dios, sino también al conocimiento humano de lo que la ciencia, el bien y el mal se componían, alcanzando los niveles de sabiduría suprema (p. 272-273), reconociendo que no existe mayor sabiduría que el interés de compartirla.

Si Dios fue creador de todo, lo fue del amor, y también del odio, lo fue del bien y del mal, y quienes reinaban sobre ambas regiones correspondían a una cuestión de su designio y decisión. Su divinidad y su hospitalidad no son desestimadas, pero ¿qué sentido tenía la creación si no era para su total cuidado? Y entre tanto, el cuidado no podía estar ligado a la privación de su

libertad, pero sí lo fue para al limitar su acceso, y aunque el fruto prohibido fue su mejor arma para evitar la perdición de su poder, fue también el *talón de Aquiles* que condenó su más enorme creación, la misma que al tomar el fruto lo retó. Hechos a su imagen y semejanza, pero careciendo de poder divino; Dios hizo al hombre, y en la misma proporción que implantó el amor en él, lo hizo para con los ángeles como Lucifer, por lo que la pérdida de su amor ocasionó ausencia que se reflejó en la rebeldía, pero también en la petición exaltada de protección paterna para con él y el respeto por sus facultades, ante lo que el castigo fue su única respuesta, y el odio y el desconocimiento, la expulsión del seno del hogar y las llamas del infierno como único lugar para reposar sus pensamientos, que lentamente se consumieron por todo lo único que lo alimentaba, su exclusiva compañía.

Lucifer fue la transformación de un ángel, desde su paz y su pulcritud, hasta su dolor y venganza. Fue tan humano como cualquier ser de la especie, fue débil y actuó bajo los instintos de sus emociones, pero siempre fue sabio y en cada una de sus acciones lo reflejaba, pero luego esta era entorpecida por el dolor. Reconocía su dolor: “[...] tanto me ha degradado el infierno; tanto me ha debilitado el dolor comparado con lo que era en el cielo.” (p. 263), y al igual que todos, solo deseaba ser salvado.

Conclusiones

*Entre tanto Jesús decía: Padre mío,
perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

- Lucas 23:34

Inmenso es el mundo que concierne el bien y el mal, determinados en sociedad para limitar el accionar del hombre, de forma que su comportamiento se rija sobre determinadas normas que le permitan llevar a cabo su vida social, conociendo y reconociendo aquello que perjudica al prójimo que junto con él vive en el paraíso, así como lo que podría beneficiarle. Ante la inmensa necesidad de etiquetar, encasillar y estructurar lo que el bien y el mal es, junto con su origen, el ser humano pule su camino por las letras, el lenguaje, la literatura, y crea, a su imagen y semejanza, teorías sobre su existencia, la existencia del mundo y los elementos vivos que le acompañan, y produce magníficas obras que, a partir de un análisis bien sea social, cultural o literario, postulan el origen del mundo creado por un ser superior, uno poderoso y omnipotente.

Dios, en la mitología cristiana, lleva la batuta del bien, no podría ser de una forma distinta, pues en algunas sociedades actuales se reconoce al creador de la vida como un ser que, indistintamente, amará y criará por su simple disposición de situar al ser humano en el mundo y asignarle una plaza en la vida, incluso si su amor no es certero. Dios crea el paraíso, y en él sitúa al hombre y a la mujer, primero Lilith, luego Eva, para que acompañe la figura masculina, y en ellos deposita toda su sabiduría, su amor, su cordialidad y carácter servicial, su lealtad y también su respeto. Pero no podría existir el bien sin el mal, no se puede cuidar aquello que no se puede perder, y no se logra amar aquello que no existe. El bien no sería considerado bien sin la

existencia del mal, que le abre un leve espacio, aunque suficiente, para que en las ranuras de dicha maldad el bien siembre su semilla, y viceversa, porque la maldad, para destacar, debe desenvolverse entre el bien. Pero como si de varios infiernos se tratase, todos individuales y asignados a cada vida particular, el ser humano teme al mal y lo que esto desencadena: terror, sufrimientos, tristeza, soledad y una existencia abrumadora.

El mal tiene sus cimientos, en la mitología cristiana, en el contrincante de Dios: Lucifer, quien fue portador de luz y sabiduría, la misma que sin él saber, lo llevaría a la pérdida de las riquezas que hacía goce en el cielo, en el seno del Señor, pero que obraría en concordancia con el hombre y le permitiría vislumbrar sus primeras semblanzas en su condición humana, determinada por su capacidad de raciocinio como facultad de la empatía, por ende, su estado de conciencia. Lucifer, en el Edén, se enfrenta contra Dios, y en tal disputa es expulsado al infierno donde viviría entre llamas y lamentos junto con su rebelión de ángeles. La desobediencia y la avaricia, considerados comportamientos negativos o en contra de un orden estipulado, rompen con una estructura y el castigo es la única garantía de la permanencia del buen comportamiento, por lo que sobre Lucifer no recrea más que maldad, odio, rencor e ira, que, justificada en la permanencia de un orden y del bien moral, tiene cabida en la existencia, y su promoción es positiva. El bien y el mal condicionados a la subjetividad social.

Siendo este su origen, Lucifer es tomado por personaje en diferentes obras un sinnúmero de veces, y, sin embargo, en la mayoría de los casos, representando la maldad moral, ese comportamiento débil guiado por falsas tentaciones, limitando incluso su origen y contexto aun cuando su papel se desempeña dentro y fuera de los textos. A partir de esto, y luego de una profunda lectura y análisis de diferentes textos de carácter teórico y literario, de investigación y cuestionamiento crítico, se concluye que el origen del mal no puede proceder de ningún otro

lugar que del Creador, pues ángeles y seres humanos fueron hechos a imagen y semejanza de Dios, distinguiéndolos por sus facultades cognitivas y físicas, dotándolos de un poder limitado e inferior al suyo, por lo que todo en ellos germinado fue fruto de la semilla plantada.

Es pues, a partir de estos sucesos, que se indaga en las emociones que motivan el comportamiento humano, haciendo énfasis en el increíble Lucifer, tan leve para ser calificado con odio, el mismo que se le es sembrado en su alma, tal como lo manifiesta él en la literatura, produciendo en sí tristeza y melancolía por la paz que alguna vez en el Edén le pertenecía, a él y su legión, por el amor que su Creador en él depositaba, así como su confianza y lealtad. Y la tristeza, inherente al dolor que produce el castigo del que se ama, origina el temor a continuar siendo lastimado, por lo que su instinto de supervivencia, herido, pero nunca muerto, genera barreras de protección forjados en más odio e irá contra aquel que le obliga a levantarlas, y desde su inmensa capacidad de transformación, reproduce maldad contra sí, más no contra sus creaciones, a quienes por el contrario ilumina con la explicación de los efectos de los frutos del árbol de la ciencia. La sabiduría portada por Lucifer, para ser gozada por el ser humano, debía ser consumida del fruto prohibido, por lo que la toma de la misma la calificaría como un comportamiento desleal, por ende, merecedor de un castigo, tal como Dios le había advertido previamente al hombre, ya que además se le había advertido de la posible tentación en la que podían caer como efecto de los encantos de Lucifer, que seducían las mentes danzantes que aburridas de banalidades buscaban ser llenadas con increíbles conocimientos.

Así pues, se determina la configuración humana de Lucifer desde su capacidad de razonar, de tomar una situación desde la objetividad de la misma, y haciendo uso de su sabiduría, la somete a un proceso de análisis crítico a partir del cual determina sus comportamientos. Hizo uso de la razón Lucifer cuando se enfrentó y cuestionó a Dios, cuando optó por gobernar en el

infierno, tal cual como se le había sido asignado, cuando buscó en el mismo los mecanismos para brindarle a su legión un mejor lugar el cual habitar, así como cuando guío al hombre al fruto de la sabiduría, motivado a su vez por las emociones, estímulo del alma, y esto, a su vez, denota su comportamiento empático para con el hombre.

Lucifer, personaje literario e importante figura social, divino por su condición angelical, sabio por su poder celestial y racional por su facultad humana, es la nueva transformación de un ángel compuesto por mente, cuerpo y espíritu, tan humano como el ser humano: leve, frágil y resistente en su existencia.

Referencias

Anna Carpena. (2016). *La empatía es posible*. Editorial Desclee De Brouwer.

<https://www.edesclee.com/img/cms/pdfs/9788433028228.pdf>

Fritz Breithaupt. (2011). *Culturas de la empatía*. Katz Editores.

David Alberto Campos Vargas. (2011). *El juicio y el raciocinio*.

<https://repositorio.konradlorenz.edu.co/handle/001/2452>

Frans de Waal. (2009). *La edad de la empatía*. Fábula Tusquets.

https://static0planetadelibroscom.cdnstatics.com/libros_contenido_extra/28/27310_La%20edad%20de%20la%20empatia.pdf

Sergio Arlandis, Agustín Reyes-Torres. (2013). *Textos e interpretación: introducción al análisis literario*. Anthropos.

Jonathan Culler. (2000). *Breve introducción a la teoría literaria*. Crítica.

https://ayciiunr.files.wordpress.com/2014/04/0breve_introduccion_a_la_teor%C3%ADa_literaria_01.pdf

Carlos Reis. (1985). *Fundamentos y técnicas del análisis literario*. Editorial Gredos.

https://www.hugodelcastillo.com/Documentos/FUNDAMENTOS_Y_TECNICAS_DEL_ANALISIS_LITE.pdf

Michele C. Davila Gonçalves. (2010). Lo que nos hace humanos: deconstruyendo El pintor de batallas, de Arturo Pérez Reevert. *Salem State College*.

https://www.utrgv.edu/hipertexto/_files/documents/articles/hipertexto-12/michele-c-davila.pdf

Pierre Brunel, Yves Chevrel. (1997). *Compendio de la literatura comparada*. Siglo veintiuno editores.

Claude Pichois, André M. Rousseau. (1969). *La literatura comparada*. Editorial Gredos.

Silvina Gabriela Razuc. (2020). *La figura del ángel caído en El Paraíso Perdido de John Milton y en la Divina Comedia de Dante Alighieri. Su relación con las posturas políticas de los autores frente al concepto de monarquía*. EdiUNS.

<https://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/5268>

Carlota Fernandez-Jauregui Rojas. (2014). *Seducción y caída: sobre la persuasión retórica del mal en El paraíso perdido de John Milton*. Ediciones Universidad de Salamanca.

Mariela Insúa, Robin Ann Rice. (2014). *El diablo y sus secuaces en el siglo de oro. algunas aproximaciones*. Universidad de Navarra, GRISO.

https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/35917/1/BIADIG_23_06_Ortiz_Teran_2.pdf

Alejandro López Lizana. (2020). *El Lucifer de Neil Gaiman como caso límite de los estudios de adaptación*. Universidad Complutense de Madrid.

file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/Dialnet-

ElLuciferDeNeilGaimanComoCasoLimiteDeLosEstudiosDe-8325623.pdf

Philip Zimbardo. *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*. Paidós.

Anna K. Nardo. (2014). *Oculto a los ojos mortales. Introducción a El paraíso perdido de John Milton*. JPM Ediciones.

<https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=qG36DQAAQBAJ&oi=fnd&pg=PA9&dq=contexto+historico+y+social+de+el+paraiso+perdido+de+john+milton&ots=tAY2BlwvT4&sig=LI8pGz4IO7qjF2cmK8IrZIFAJAU#v=onepage&q&f=true>

Hanna Higgins.(2002). *Fluxus Experience*. University of California Press.

<https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=rKIIDQAAQBAJ&oi=fnd&pg=PR9&dq=f>

luxus+movement&ots=GK7Jwa6aIL&sig=NvJKj906pJr5SUTSinMNfXs5M9k#v=onepage&q=fluxus%20movement&f=false

David Sanchez Marquez. (2008). *La biblia de Lucifer*. Entrelíneas editores.

https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=yPVWYU-Z_AsC&oi=fnd&pg=PA9&dq=la+biblia+de+lucifer&ots=Ghn1kh6zGW&sig=GbwUkZxSrxjVQyg4clU86bNR8F8#v=onepage&q=la%20biblia%20de%20lucifer&f=false

Franz J. Hinkelammert. (1931). *Sacrificios humanos y sociedad occidental: Lucifer y la bestia*.

Editorial Departamento Ecuménico de Investigaciones.

<http://repositorio.uca.edu.sv/jspui/bitstream/11674/851/1/Sacrifios%20humanos%20y%20sociedad%20occidental.pdf>

Jorge Martínez Barrera. (2011). *Alma, cuerpo y mente: Santo Tomás y algunos contemporáneos*.

Pontificia Universidad Católica Argentina.

<https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/4640>

Carmen Trueba Atienza. (2009). *La teoría aristotélica de las emociones*. Revista Signos

Filosóficos. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-13242009000200007&script=sci_arttext

Fritz Breithaupt. (2011). *Culturas de la empatía*. Katz Editores.

<http://www.katzeditores.com/images/fragmentos/Breithaupt.pdf>

Patricia Brunsteins. (2006). *Filosofía de la mente y psicoanálisis: un enfoque interdisciplinario*

de la noción de la empatía. Universidad Nacional de Córdoba Argentina.

<https://www.fepal.org/images/2006invest/brunsteins%20patricia.pdf>

Pablo Olmedo Carrillo, Beatriz Montes Berges. (2009). *Evolución conceptual de la empatía*.

Universidad de Jaén.

<https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/ininv/article/view/307/289>

Teresa Dey. *La historia de Lilith*. Editorial OCÉANO.

<file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/lillith.pdf>

Erika Bornay. (1995). *Las hijas de Lilith*. Ediciones Cátedra.

<https://ia801304.us.archive.org/28/items/BornayErikaLasHijasDeLilith/Bornay%20Erika%20-%20Las%20Hijas%20De%20Lilith.pdf>

Hannah Arendt. (1991). *¿Qué es la libertad?* Zona Erógena. [https://aprendizaje.mec.edu.py/dw-](https://aprendizaje.mec.edu.py/dw-recursos/system/content/0c59c97/content/Arendt,%20Hannah%20(1906-1975)/Arendt,%20Hannah%20-%20Qu%C3%A9%20es%20la%20libertad.pdf)

[recursos/system/content/0c59c97/content/Arendt,%20Hannah%20\(1906-](https://aprendizaje.mec.edu.py/dw-recursos/system/content/0c59c97/content/Arendt,%20Hannah%20(1906-1975)/Arendt,%20Hannah%20-%20Qu%C3%A9%20es%20la%20libertad.pdf)

[1975\)/Arendt,%20Hannah%20-%20Qu%C3%A9%20es%20la%20libertad.pdf](https://aprendizaje.mec.edu.py/dw-recursos/system/content/0c59c97/content/Arendt,%20Hannah%20(1906-1975)/Arendt,%20Hannah%20-%20Qu%C3%A9%20es%20la%20libertad.pdf)

Michele C. Dávila Gonçalves. (2010). *Lo que nos hace humanos: deconstruyendo El pintor de batallas, de Arturo Reverte*. Salem State College.

https://www.utrgv.edu/hipertexto/_files/documents/articles/hipertexto-12/michele-c-davila.pdf